

MARCOS MARTÍNEZ, *Canarias en la mitología*. Cabildo Insular de Tenerife y Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna, 1992, 169 págs.

El libro *Canarias en la mitología* del profesor Marcos Martínez, es el resultado de un extenso estudio sobre los referentes míticos grecolatinos relativos a islas en el Atlántico, tradicionalmente emparentados con las Islas Canarias; tema sobre el que el autor ya nos había ofrecido un avance en un capítulo de la *Historia de Canarias*, editada por Prensa Canaria, de título "Canarias en la antigüedad: mito y utopía". Este libro ha sido editado por el Cabildo de Tenerife y el Centro de la Cultura Popular Canaria, correspondiente al último de la serie "Historia Popular de Canarias".

La obra es fruto de una lectura crítica y exhaustiva en la que el autor revisa todos aquellos textos grecolatinos asociados con la primera Historia de Canarias. A excepción de algún estudio sobre estas fuentes, como el texto de Plinio debido a Alvarez Delgado, que él destaca también como lo más singular de estos análisis, creo poder decir que por primera vez contamos con una aportación rigurosa que nos define el Dédalo de textos que hablaban de islas y que siempre pretendíamos asociar con las nuestras sin conseguirlo plenamente. Permítaseme otra alusión a la mitología. El profesor Marcos Martínez nos ha servido como el hilo de Ariadna para conocer el laberinto que para los historiadores fueron siempre los textos de Hesiodo, Homero, Plutarco, o el propio Plinio. El autor pasa revista a todos los mitos que pudieran relacionarse con las islas, incluidos aquellos que como el de Gerión (décimo trabajo de Hércules), no han sido generalmente asociados con Canarias. La obra está concebida de la siguiente forma: una Introducción en donde explica las bases del trabajo, los problemas del mito, etc., y en 7 apartados en donde los analiza a través de los siguientes epígrafes: En los confines de la tierra, Campos Elíseos, Islas de los Bienaventurados, Islas Afortunadas, Mito del Paraíso-Jardín de las Delicias, Jardín de las Hespérides, La Atlántida. En todos ellos estudia la importancia de las islas, contextualizándolas en la mitología universal, que es por antonomasia la de la civilización occidental.

El mito se hace realidad

Muchas fueron las Afortunadas y muchas las islas Junonias que se han disputado el merito de ser las islas que la civilización grecolatina imaginó en sus mitos y creó en su cosmogonía para explicarse el lugar feliz, el remanso de las almas de los antepasados, o las de sus héroes. Es, en definitiva, la geografía mítica que está palpable en los diferentes lugares imaginados. Es la ficción como impulsora del cono-

cimiento de la realidad. Esta constante superposición de la ficción y la realidad es el fundamento que explica el porqué de la asociación que tradicionalmente se ha hecho de las islas imaginadas y las islas reales. Y como en la antesala del avance científico se halla siempre la imaginación, ésta se adelantó también al conocimiento de la geografía real que solo los avances técnicos de la navegación desarrollados desde mediado el segundo milenio antes de la Era, hizo que cada paso que se diera como consecuencia del descubrimiento de islas en el Occidente, las islas imaginadas se fuesen alejando cada vez más a Occidente y ubicándose en el gran mar Exterior, el Océano. Y como la ampliación del Occidente y del mundo conocido se hizo a golpe de mito y de ficción, nuevamente la realidad superaría a la fantasía, y otras islas se sumaban a las que se iban conociendo en el Mediterráneo. Y por esta vía se llegó a Canarias. Y con el tiempo el mito se haría aquí también realidad.

Si como historiador me interesa destacar especialmente el hecho de que el profesor Martínez haya hecho una aportación esclarecedora al diferenciarnos fundamentalmente las raíces míticas y culturales de las islas, me interesaría poner énfasis en dos aspectos relativos a este tema que son, a nuestro juicio, una buena manera de explicar el fenómeno. Me refiero a la clasificación que hace entre las islas de Los Bienaventurados (que englobaría todos aquellos conceptos de islas felices, paradisíacas, reposo de las almas), y las Afortunadas, en las que analiza el contenido del término, y su uso para otros conjuntos de islas, permitiéndole distinguir los componentes míticos y los que aparecen como propios de islas reales. En este apartado merece destacarse, en lo que se refiere al texto de Plinio, cómo el autor desvela los elementos que son propios de la geografía mítica y los que pertenecen a la geografía real, con lo que el contenido del texto se refuerza como un buen argumento para valorar su verdadero carácter histórico y contribuir de esta manera a un mejor conocimiento sobre el que los romanos llegaron a alcanzar sobre estas islas.

Un capítulo igualmente atractivo es el que dedica a explicar los fundamentos mítico-literarios de la isla de San Borondón, que es sin duda el paradigma del mito canario, desgranando el conjunto de islas, igualmente fantásticas, que engarza con la tradición clásica y con la *trama de las islas oceánicas*, cuya realidad imaginada será igualmente decisiva en el conocimiento de los descubrimientos geográficos de la Baja Edad Media y de la Edad Moderna, así como en el Redescubrimiento de las islas Canarias, el conocimiento de los otros archipiélagos macaronésicos, y sobre todo para el gran Descubrimiento geográfico de lo que desde Europa se conoció como el Nuevo Mundo. Este entramado de islas míticas es capital para entender el gran fenómeno de la Expansión Atlántica de los siglos XIV y XV que comienza con la Expedición de los genoveses hermanos Angiolino y Hugo Vivaldi en 1291. Con posterioridad, en 1339, los europeos “reconocieron” en el portulano del mallorquín Angelino Dulcert, la existencia de Islas, y vieron por vez primera los contornos de dos de ellas, Lanzarote (que había descubierto el genovés Lancelotto Malocello) y Fuerteventura, confirmando de esta manera lo que se compendia en

los repertorios de las fuentes clásicas acerca de las islas que se hallaban ubicadas en el Atlántico, situadas cerca de las costas de Africa. Desde que los romanos dieron cuenta de ellas en torno al siglo I de la era hasta el citado portulano, su conocimiento posterior se había mantenido relegado a unas confusas referencias de textos clásicos, no siempre bien copiados, en donde, como explica el profesor Martínez, las islas reales se fundían con los relatos de las islas míticas de las Hespérides, de los Bienaventurados, de las Górgadas.

Otro conjunto de temas que analiza el autor se refieren al Jardín de las Hespérides de cuya ubicación, como en tantos otros mitemas, las islas tuvieron y han tenido una participación relevante por parte de los exégetas que en ellas lo han querido ubicar, a pesar de que el rigor racionalista de Viera y Clavijo (1738-1799), ya intentara desechar en su época, pero como en tantas ocasiones, el mito ha superado a la historia. *“Estos escritores (refiriéndose a Núñez de la Peña y Pérez del Cristo) pagados de cierta interpretación ingeniosa y aun capaz de seducir a los que pasan por encima de ella sin precaución, creyeron poder descifrar todo el enigma de los jardines, sin salir del vallé de Taoro en Tenerife y véase aquí como.*

En aquel espacio de terreno, digno de la fama por su fertilidad se crían ciertas manzanas cuya cáscara es de color oro; y como también el nombre antiguo de Taoro y de Orotava suena a país de oro, no hay duda que la fantasía hallaba facilidad para reputar por de oro las mismas manzanas. Además de esto, todos saben que el dragón es uno de los árboles más especiales de nuestras islas, pues siendo su tronco al modo del de una serpiente, y su jugo una concreción como de sangre, ha pasado más de una vez por verdadera sangre de dragón, y el árbol casi por una bestia. Y si nos figuramos el pomar de Taoro cercado de una valla de dragos, ¿qué nos falta para poder decir, en tono de fábula oriental, que en la isla de Tenerife hay jardines de manzanas de oro, bajo la custodia de un dragón?”

Aparte de otros valores, a lo mejor hay en el texto de Viera, como es propio en él, una enseñanza moralizante para quienes en vano pretenden conocer el mundo desde la pequeñez del suyo, haciéndolo el centro del conocimiento de lo universal. El intento de Viera resultó en vano con el mito del “Jardín de las Hespérides”, ya que él mismo no se pudo sustraer a recrear el mito por excelencia asociado con las Islas, el mito de la Atlántida. La gran isla desaparecida por un cataclismo, en donde existió una gran civilización, cuya referencia modélica le sirvió a Platón para la explicación de su ideal del sistema político, no ha dejado aún de ser objeto de búsqueda a pesar de todos los argumentos que en su contra se han esgrimido para invalidar su existencia y mucho menos su asociación ni con las islas Canarias ni con sus habitantes.

Creo que es este un buen paso emprendido por el profesor Martínez para desmitologizar los mitos atribuidos a las Islas Canarias, porque quizá sea bueno que nuestra historia supere al mito como signo de madurez intelectual de una comunidad, al saber distinguir dónde comienza la fantasía y dónde la realidad, porque de

lo contrario aquella enmascara a ésta y podemos estar permanentemente en esta ambigüedad, aunque ello no signifique en ningún caso la anulación de la imaginación que es, sin duda, la impulsora de la creación de los referentes espirituales y poéticos de una Sociedad. Y sería bueno que le sirvan para recrear el mito de las islas, como se hace de ordinario. O para recrear otra realidad de futuro como lo hicieron los otros insulares, los de las islas griegas, de donde ha surgido gran parte de la realidad y del conocimiento de lo que somos hoy.

Antononio Tejera Gaspar